

Filosofía de la historia rusa de Nicolai Berdiaev

MIJAIL MALISHEV Y MANOLA SEPÚLVEDA GARZA

Universidad Autónoma del Estado de México y Escuela Nacional de Antropología e Historia

*¿Qué es exactamente Rusia?
¿Cuál es su presente? y, lo que es más importante ¿cuál será su mañana?*
Alexandr Solzhenitsin

En la cultura espiritual de Rusia de los siglos XIX y XX, las reflexiones acerca de su identidad ocupan un lugar central. Sin ninguna exageración se puede afirmar que el discurso sobre la peculiaridad de la cultura nacional se convirtió en una temática específica en los campos literario, histórico y filosófico. Ya la simple enumeración de algunos títulos escritos en este periodo permite mostrar la importancia de este tema en la tradición espiritual del país: *Las noches rusas* de Odoievsky; *Rusia y Europa* de Danilevsky; *El oriente, Rusia y el eslavismo* de Leontiev; *La tragedia rusa* de Bulgakov; *La gran Rusia* de Struve; *Alrededor de la idea rusa* de Rózanov; *La Rusia enferma* de Merezhkovsky; *El oriente, el occidente y la idea rusa* de Karsavin; *Las tareas de Rusia* de Veidle; *El rostro de Rusia* de Fedotov; *Lo eterno en la filosofía rusa* de Visheslavtzev.

Las reflexiones sobre el destino histórico de su país están en el centro de interés filosófico de Nicolai Berdiaev (1874-1948). El pensador dedicó muchos de sus trabajos al problema de la identidad nacional de Rusia, pero la obra principal donde expone un panorama más completo es, sin duda, su libro *La idea rusa*, publicado un poco antes de su muerte, en el año 1946. Ya el mismo título de este trabajo nos remite a la herencia de la filosofía rusa y su tradición. La expresión de “idea rusa” fue tomada por Berdiaev de su contemporáneo mayor Vladimir Soloviev. Y no sólo los títulos, sino el mismo enfoque y problemática que utilizan ambos pensadores tienen mucha semejanza. En su trabajo, editado inicialmente en francés (1888), Soloviev, sin ambages, se pronunció contra de la idea de la limitación nacional, subrayando que el rostro de la nación se determina por sus

logros espirituales, por su aportación a la civilización mundial y no por lo que ella piensa de sí misma. En contraposición a cualquier etnocentrismo, Soloviev subrayó que “la idea de la nación no es lo que ésta piensa de sí misma en el tiempo, sino lo que Dios piensa de ella en la eternidad”.¹ Un planteamiento similar se encuentra en el trabajo de Berdiaev, a quien no le interesa tanto la imagen empírica de Rusia, sino más bien se pregunta: “¿Qué pensaba el creador sobre Rusia y cuál será su destino?”²

¿En qué consiste la “idea rusa”? y ¿quién es su portavoz? ¿Dónde buscar su contenido y su sentido histórico? La respuesta a estas preguntas en los pensadores anteriores solía apoyarse en la existencia de alguna sustancia invisible e íntegra que era la generadora dominante de la idea nacional. Ésta podría ser la fe ortodoxa rusa o la conciencia del pueblo que lleva en sí el ideal de Cristo. Según Soloviev, tal sustancia espiritual debe constituir la Iglesia universal, en cuya autoridad Rusia tiene que someter el poder del Estado, superar su egoísmo y afirmar la libertad social. La propuesta que da Berdiaev no es tan unilateral. A diferencia de los eslavófilos, él no aceptaba la presencia de una esencia única y homogénea, incluso cuestiona la idea fundamental de la “Santa Rusia”. A cualquier monismo el pensador ruso insistentemente contraponía un dualismo, y subrayaba que la historia de su país siempre estuvo atravesada por diversas escisiones. “La idea rusa, en este sentido, es discontinua. Hay Rusia de Kiev, Rusia del periodo del yugo de los tártaro-mongoles, Rusia moscovita, Rusia de Pedro y Rusia soviética, y es muy posible que habrá una Rusia nueva. El desarrollo de Rusia fue catastrófico”.³ A la discontinuidad, en que a un periodo se le contraponen otros, le corresponde una división dentro de la misma Rusia: la de la Iglesia que se profundizó con las reformas de Pedro, la de la sociedad y el Estado, y la de la *intelligensia* y el pueblo.

La misma *intelligensia* resultó escindida, dividiéndose en los eslavófilos y occidentalistas, los representantes de la nueva conciencia religiosa y los marxistas. A su vez, dentro del partido social-demócrata surgieron dos facciones: los “bolcheviques” y los “mencheviques”. La misma cultura, así como el propio carácter del hombre ruso, es siempre dual, por lo que, en opinión de Berdiaev, hay dos principios contrarios existentes en el fondo del alma del ruso: el paganismo espontáneo y la ortodoxia ascética, el despotismo y el anarquismo, la hipertrofia del Estado y el amor a la libertad, la crueldad y la bondad, el individualismo y el

1 N. A. Berdiaev, “La idea rusa. Los problemas principales del pensamiento ruso del siglo XIX y los principios del siglo XX”, en *En los círculos de los escritores y pensadores del extranjero ruso*, Moscú, El arte, 1994, p. 204 (en ruso).

2 V. S. Soloviev, “La idea rusa”, en *La idea rusa*, Moscú, República, 1992, p. 187 (en ruso)

3 N. A. Berdiaev, *op. cit.*, p. 206.

colectivismo, el ateísmo y la búsqueda de Dios, la humillación y la fanfarronada, el mesianismo y la piedad, la servidumbre y la rebeldía, Según su punto de vista, estos rasgos contradictorios se pueden encontrar en cada hombre y en cada pueblo; sin embargo, sólo en dos —el ruso y el hebreo— esta polaridad alcanza sus límites trágicos.

Berdiaev sostiene que hay dos conceptos que expresan la totalidad del ritmo vital de cada pueblo: el alma y el espíritu. El alma es la forma intrínseca del carácter racional, el destino histórico del pueblo que se revela en su actitud hacia diferentes fenómenos de la vida; mientras que el espíritu es la concepción del mundo, la reflexión, la razón que se expresa en la organización de la sociedad, en el Estado y sus diferentes instituciones. El alma es el elemento femenino y el espíritu es el principio varonil. Según el pensador ruso, cada pueblo tiene estos dos principios en diferentes proporciones y la peculiaridad de la mentalidad rusa consiste en que predomina el alma sobre el espíritu. El principio varonil siempre ha llegado a Rusia desde fuera, como lo fue la cultura helenística de la época medieval o las culturas francesa y alemana en los tiempos modernos. Esa falta de virilidad en el carácter ruso se manifiesta en un cierto dionisismo que es, en su esencia, barbarie. Apolo, símbolo helenístico de la belleza varonil, todavía no llegó a la dionisiaca Rusia.

En su libro *El destino de Rusia*, Berdiaev concuerda con la idea de Vasili Rózanov sobre el principio eternamente femenino del alma rusa. En ésta prevalece el elemento de una mujer extravagante, carente de prudencia, orden y sensatez que, como eterna novia, siempre espera a su novio. Berdiaev sostiene que el poder del Estado no nació en la profundidad del alma del pueblo ruso, sino llegó a él desde el exterior, así como el príncipe llega a su enamorada en los cuentos fantásticos. Es por eso que frecuentemente el poder fue percibido como algo extraño, como una violación. En Rusia tanto los radicales como los conservadores afirmaban que el Estado no es de “nosotros”, sino de “ellos”. Es muy ilustrador, dice Berdiaev, que en la historia rusa no existió una caballería como institución, como principio varonil y símbolo de valentía masculina. La ausencia del espíritu caballeresco explica la falta del desarrollo de la individualidad en la vida rusa. “El pueblo ruso quería vivir en el calor de la colectividad, quería disolverse en el elemento de la tierra, en las entrañas de su madre. La caballería forjó el culto de la dignidad y del honor individual, templó la personalidad, pero en la historia rusa no se creó este temple”.⁴

El dionisismo espontáneo del alma rusa, la preponderancia del principio femenino en el carácter del pueblo tuvo su repercusión en la peculiaridad que

4 N. A. Berdiaev, “El destino ruso”, en *La idea rusa*, Moscú, República, 1992, p. 299 (en ruso).

adoptó la religión ortodoxa asimilada de Bizancio en el año 988. Esta religión se mezcló con el paganismo ruso, lo cual explica la presencia del espíritu pagano dionisiaco que no tenía la religión ortodoxa bizantina. “La ortodoxia rusa no es tanto la religión de Cristo, sino la religión de la Virgen, de la Tierra-Madre, de la divinidad femenina que ilumina la vida cotidiana de los hombres”.⁵ La religión ortodoxa siempre le inculcó al hombre ruso la idea de que la vida social es un espacio del pecado y le orientó en la búsqueda de Jerusalén Celestial y le inspiró a la salvación colectiva. Precisamente en este carácter apocalíptico se arraiga la diferencia profunda entre la mística rusa y la mística alemana. Un rasgo muy característico de la ortodoxia rusa es el respeto al Cristo Resucitado. No es casual que la fiesta más importante de los cristianos rusos no sea la Navidad, sino la Pascua, la Resurrección de Cristo. Este culto está vinculado con el renacimiento de la vida en la Tierra. El sentimiento de exaltación y la percepción mística de la naturaleza fueron expresados con profunda claridad por Dostoievski en su novela *Los hermanos Karamazov*. En boca del ermitaño Zósima (que es la figura que expresa la visión profética del mismo Dostoievski) el escritor pone tales palabras:

Hermanos: no temáis los crímenes del hombre. Amadle a pesar de sus pecados, porque os acercáis al amor divino que es el supremo amor en la Tierra. Amad a toda creación de Dios, a cada granito de arena, a cada hoja de árbol, a cada rayo de luz, a cada bestezuela. Si amáis cualquier objeto que existe en la tierra comprenderéis el misterio de Dios en todas las cosas. ¡Amad, arrodillaos y besad la tierra! ¡Amad a todo y a todos con exaltación! Rociad la tierra con nuestras lágrimas de amorosa alegría y hasta amad esas lágrimas porque os pertenecen... No os avergoncéis de vuestra exaltación, porque es un don de Dios que poseen muy pocos elegidos.⁶

La diferencia entre la Iglesia ortodoxa por una parte, y la Iglesia católica y protestante, por otra, se manifiesta, según el filósofo ruso, en su diferente actitud ante el racionalismo, el formalismo y el orden jurídico. La ortodoxia es la menos normativa en comparación con el catolicismo. El hombre ruso tiene más necesidad de ser libre, aunque esta libertad a veces se manifieste en la irracionalidad y en el sufrimiento. Él se adapta con dificultad al racionalismo de la vida social, ya que considera que la libertad vale más que cualquier bienestar. Por ejemplo, el hombre del subsuelo de Dostoievski rechaza toda la organización racional de armonía y de bienestar común y sospecha que la naturaleza humana nunca podrá

⁵ *Ibid.*, p. 301.

⁶ Citado en N. A. Berdiaev, *El credo de Dostoievski*, Barcelona, Ariel, 1951, p. 225.

ser racionalizada hasta el grado de transformar al hombre en un tornillo; tampoco podrá racionalizarse la sociedad a tal punto que pueda convertirse en un hormiguero. El hombre aspirará a vivir como se le antoje, aunque sea de modo estúpido. Siempre combatirá los proyectos dirigidos a construir un Palacio de Cristal basado en la aniquilación de su individualidad. El hombre no es un ser totalmente racional; es un ente opaco y enigmático. El hombre intencionadamente puede volverse loco para no adoptar una razón mecánica que le convierta en hormiga. Nuestro necio capricho puede ser preferible porque significa lo más querido para nosotros: nuestra libertad. En el hombre ruso esta aspiración a la libertad a veces se degenera en motín irracional o en caos social. Dostoievski, así como Nietzsche, supo que el hombre es un ser terriblemente libre, aunque esa libertad a veces sea trágica y lo haga sufrir. Sin embargo, la comprensión de este principio tomó caminos diferentes: el primero asciende de hombre al “Dios-Hombre”, mientras que el segundo baja de Dios a “Hombre-Dios”. Ese destino simbolizado en la figura de Superhombre, en opinión de Berdiaev, es una religión falsa y conduce a la sociedad totalitaria que siempre tentó el alma del pueblo ruso y que se plasmó en el intento de construir el comunismo, según recetas de la ideología marxista.

En la vida cotidiana, el cristianismo ortodoxo educaba el pueblo ruso no tanto según las normas estrictas de la conducta, sino a través de exponer la vida de los santos y el culto a la santidad. Al educar al pueblo por estos medios, la ortodoxia rusa no planteaba ninguna tarea extraordinaria al hombre común, más bien era condescendiente con él. La Iglesia ortodoxa exigía sólo humildad a sus creyentes. La humildad fue la única forma de disciplinar la personalidad. Es mejor pecar humildemente que perfeccionarse orgullosamente. La conciencia religiosa siempre creyó en la “Santa Rusia”, pero no en el sentido de ver la santidad como algo alcanzable u obligatorio. Rusia no es santa ni se siente obligada a hacerse santa ni tampoco está comprometida a realizar el ideal de la santidad. Ella es santa sólo en el sentido de que acepta a los santos y a la santidad, y en esto ve su misión en esta vida, mientras que el Occidente ve también santidad reflejada en los logros del conocimiento, en el triunfo de la cultura o en la genialidad creativa. El hombre ruso no se percibía a sí mismo como santo y nunca se planteó tal objetivo, sino admiraba a los santos y a la santidad, y asociaba con ellos su profundo sentir, su confianza y la esperanza de que los santos le ayuden. Un ruso podía ser un estafador empedernido o un bandolero, pero en la profundidad de su alma admiraba la santidad y buscaba su salvación en los santos. Los santos rusos, según Berdiaev, tenían una gran experiencia espiritual aunque ésta pocas veces se plasmó en un pensamiento escrito, y en esto consiste una marcada diferencia entre el mundo ortodoxo y el católico: en el primero los grandes santos nos dejaron su obra religiosa. La mística rusa no alcanzó la cúspide de la cultura occiden-

tal, mientras que en Europa San Francisco de Asís, por ejemplo, es objeto de admiración por parte de los estetas, y la obra de Santa Teresa es leída por lectores refinados. La religión ortodoxa no creó una cultura tan grande y multifacética como la religión católica. Sólo la liturgia ortodoxa expresó el espíritu de la religión rusa y recibió un reconocimiento merecido.

Aunque la religión ortodoxa puso su impronta en el espíritu del pueblo ruso, su Iglesia no tuvo la magnitud histórica como la que ejerció el catolicismo. Desde el punto de vista del pensador ruso, la religión católica consagró un gran esfuerzo espiritual a la creación de una cultura religiosa y construyó una fortaleza tanto en el mundo histórico como en las almas de sus creyentes. Pero tal actividad tuvo como consecuencia la disolución del reino divino en el Reino del César. El espíritu del Apocalipsis en el catolicismo no fue expresado tan fuertemente como en la religión ortodoxa. Indudablemente, considera Berdiaev, el mundo católico, así como el protestantismo, fue fruto de la gran experiencia religiosa de los santos, ésta, plasmada en la historia y en la cultura, debilitó la fuerza espiritual que está dirigida a la espera de la Nueva Jerusalén. La ortodoxia se desarrolló de otro modo: su pasividad externa se transformó en la actividad interna vinculada con la espera de la llegada del Apocalipsis. Una diferencia básica entre la conciencia religiosa rusa y la de Occidente, según Berdiaev, es que la fe ortodoxa delimita tajantemente dos mundos y no admite la transmisión de las cualidades del mundo terrenal al celestial. La idea de la construcción de la Ciudad de Dios en la tierra, que proclamó San Agustín, en su esencia era una idea evolucionista. Y aunque la Iglesia católica fue adversa al evolucionismo laico, este principio penetró en su conciencia religiosa, mientras que la religión ortodoxa siempre consideró que el Reino de Dios no se puede construir en la tierra ni existen vías históricas para realizarlo.

El pensamiento religioso ruso, según Berdiaev, nació como una continuidad de las tradiciones de la patrística griega. Pero estas tradiciones, en realidad, no tenían su propia teología ni una filosofía en el sentido estricto. El pensamiento religioso en Rusia surgió no desde la profundidad de la Iglesia oficial que fue sometida al poder del Estado desde el tiempo de Pedro el Grande, sino que llegó desde fuera, y fue creada por pensadores laicos. Los primeros pensadores religiosos que restauraron la tradición de la patrística griega con la influencia del idealismo alemán fueron Jomiakov y Kireevski en las primeras décadas del siglo XIX. Este hecho histórico pone en tela de juicio el carácter ortodoxo de la concepción religiosa elaborada por los eslavófilos. Berdiaev rechaza las acusaciones de falta de originalidad del pensamiento religioso ruso que se basan en que las ideas de Jomiakov y Kireevski fueron influidas por la filosofía de Schelling y Hegel. Al razonar de esta manera, dice Berdiaev, se hubiera podido acusar a la patrística

griega de falta de ortodoxia con el pretexto de que ésta elaboraba sus dogmas sacando su inspiración de la filosofía de Platón y de los neoplatónicos. El platonismo sirvió como base histórica a la teología cristiana. Lo mismo hizo Tomás de Aquino en Occidente: “bautizó” a Aristóteles y aprovechó las categorías de su filosofía para el desarrollar la teología y la metafísica del catolicismo a tal punto que la dogmática católica resultó unida con el aristotelismo. Indudablemente, Platón y Aristóteles eran cristianos en menor grado que Schelling y Hegel. Berdiaev considera que el pensamiento religioso ruso del siglo XIX hizo lo mismo que los maestros griegos de la Iglesia cristiana. Ellos utilizaron la filosofía más desarrollada de su tiempo para la defensa y el descubrimiento de la verdad cristiana dada en la Revelación, así como lo hicieron los pensadores rusos. El pensamiento filosófico de Rusia no sólo adaptó la filosofía clásica alemana, sino que la aplicó de modo creativo a la realidad rusa del siglo XIX, y su mérito principal, según Berdiaev, está en el planteamiento de los problemas relacionados con el conocimiento de la totalidad del espíritu, las cuestiones ontológicas y la interpretación de los procesos históricos.

La filosofía rusa elaboraba los mismos problemas que se planteaban los literatos del país; y más que eso, la reflexión metafísica alcanzó su cúspide no tanto en la filosofía formal, sino en la literatura artística. Berdiaev considera que los motivos religiosos siempre se encontraron en el centro de interés de los grandes escritores rusos. Ninguna otra literatura del siglo XIX se preocupaba tanto de esas inquietudes como las obras de Gogol, Tolstoi, Dostoievski y Chejov. La búsqueda de la salvación, la liberación del mal y del sufrimiento del alma fueron temas que pasaron a través de los trabajos de casi todos los escritores rusos. En esta literatura la búsqueda de Dios se unió a la compasión del sufrimiento del hombre, y esta unión comunicó a la novelística rusa ese carácter religioso, aunque los mismos escritores pudiesen desviarse de la fe cristiana.

Según Berdiaev, la cultura rusa alcanzó su cúspide a principios del siglo XX. Nunca antes la filosofía y la literatura rusa fueron tan finas y profundas como en el periodo prerrevolucionario. Pero este movimiento cultural estuvo limitado a la elite, separada de las masas populares y de la mayor parte de la *intelligensia*. En su base se planteaba la liberación del alma humana del culto a lo social y lo utilitario. En este tiempo fue derrocado de su pedestal el tipo de intelectual que predominaba en Rusia en la segunda mitad del siglo XIX, un tipo cuya energía creativa estaba dirigida hacia lo social, hacia la preparación de la revolución política en la que se sacrificaba el carácter multifacético del individuo; su espiritualidad se veía disuelta en la lucha social y en el servicio a la idea del pueblo. La *intelligensia* se dividió básicamente en dos bloques: al lado de la facción cuyos intereses se centraron en la esfera social surgió el grupo que reconoció la priori-

dad de los valores de la cultura ante la utilidad social y del destino del individuo ante el bienestar de la clase.

Según Berdiaev, el renacimiento cultural y espiritual de Rusia tuvo tres fuentes: el marxismo, la literatura y la religión. En cuanto al primero, el pensador ruso evaluaba positivamente el surgimiento de esta corriente dentro de la *intelligensia*. No es casual que la pléyade entera de famosos pensadores sintiera, en su juventud, pasión por el marxismo. P. Struve, S. Bulgakov, A. Izgoev, S. Frank, G. Shpet transitaron del materialismo y marxismo al idealismo y la democracia. El marxismo practicado por el propio Berdiaev fue un modo de superar el terrorismo que tentaba a la *intelligensia* rusa a lo largo de toda de su historia. Este tipo de marxismo fue llamado “legal”, término (despectivo en boca de Lenin) que reflejó su esencia, porque se basaba en los principios del derecho y de la legalidad. El “marxismo legal” conservó muchos rasgos espirituales de la vieja *intelligensia*: la búsqueda del reino de la justicia y de la igualdad, la compasión por las clases explotadas, el deseo de acabar con el régimen autócrata del zar. Pero al mismo tiempo tenía que proclamar los derechos de la religión, de la filosofía, de la estética, independientemente del utilitarismo y de la moral social, es decir, defendía los derechos espirituales que habían sido negados por el nihilismo, por el populismo y por el marxismo revolucionario. El marxismo crítico dejó de ver en el socialismo un tipo de la religión laica dogmática, una doctrina que pretendía dar respuesta a todas las cuestiones de la vida humana. Pero la mayor paradoja consistió en que las ideas liberales y la adhesión al derecho fueron considerados utópicas, mientras que el bolchevismo pareció menos quimérico, más realista, más conforme con la situación en que se encontraba Rusia, más fiel a la tradición perenne y a la búsqueda de la verdad y de la justicia social.

Otra forma del renacimiento cultural de fines del siglo XIX y principios del XX fue la literatura. Precisamente la literatura clásica rusa preparó el florecimiento de una verdadera cultura prerrevolucionaria. En este tiempo surgieron diversas corrientes estéticas y artísticas apartadas del yugo del utilitarismo social en el que se desarrollaban —bajo la influencia del modernismo de occidente— los simbolistas franceses, Wagner y Nietzsche.

La tercera fuente del renacimiento espiritual fue la unión de las ideas de la filosofía alemana —Kant, Schelling, Hegel y Schopenhauer— con la tradición de la filosofía ortodoxa. Rózanov y Merezkovski desempeñaron un papel significativo en aquella época, pues enriquecieron la tradición de la religión ortodoxa con los problemas de la cultura, el arte, el amor, el sexo. Desde el punto de vista de Berdiaev, el modernismo ruso surgió en la base de la religión ortodoxa y representó un intento de la reforma espiritual. Pero ésta fracasó, ya que estuvo limitada a un círculo demasiado estrecho de intelectuales; por lo que la masa principal de

la *intelligensia* rusa vio su tarea inmediata en la solución de los problemas sociopolíticos y no en la religión o en la cultura. El fracaso de la reforma cultural se explica también por la ambigüedad de esas corrientes en las que predominaban elementos paganos, puramente estéticos, a los cuales faltaba seriedad y profundidad.

Además, entre la elite intelectual y las masas populares existió una gran separación.

Yo recuerdo —escribe el filósofo ruso— la imagen expresiva de la ruptura y de la escisión en la vida rusa. En la torre de Viacheslav Ivanov —así se llamaba su departamento situado en la esquina del edificio más alto de San Petersburgo— cada miércoles en el último piso al frente del Palacio de Taurida durante muchos años se reunía la elite cultural: poetas, escritores, filósofos, científicos, pintores, actores. En estos días se dictaron conferencias, tuvieron lugar disputas muy finas... Aquí estuvo presente la flor y la nata del renacimiento ruso y al mismo tiempo, en la parte de abajo del Palacio de Taurida se fraguaba la revolución... A los dirigentes de la revolución no les interesaban los temas de los “miércoles de Ivanov”, y la gente del renacimiento cultural, aunque no fueron ni conservadores ni derechistas..., sin embargo, en su mayoría fueron indiferentes a la política y estuvieron muy lejos de los intereses de la revolución naciente. Al vencer en 1917, los revolucionarios acusaron de enemigos a los integrantes del renacimiento cultural, los derrocaron y destituyeron de sus oficios creativos. Ambos tuvieron su responsabilidad: los integrantes del renacimiento ruso que, descubrían los nuevos mundos, tenían una voluntad moral débil y eran poco sensibles ante los problemas sociales y vitales; en tanto que los revolucionarios tenían ideas primitivas y retrógradas.⁷

La revolución significó la destrucción de la cultura rusa en general y del renacimiento cultural ruso, en particular. Ya en la Revolución de 1905 se reveló la crueldad de la lucha, que aumentó considerablemente en la Revolución de 1917. Pero la destrucción del renacimiento cultural en la vorágine de revolución de los bolcheviques, según Berdiaev, no significó que se haya anulado toda la energía creativa ni que ésta haya perdido su importancia en un futuro. Muchas ideas que desaparecieron de la superficie de la vida pública, y que se depositaron en la profundidad de la historia, más tarde o temprano aparecerán para entrar en la conciencia de las nuevas generaciones. Esta profecía del pensador ruso empezó a realizarse plenamente sólo en nuestros días, cuando en Rusia, después de la

⁷ N. A. Berdiaev, *La idea rusa*, p. 278-279.

Perestroika, surgió una ola de enorme interés por las ideas olvidadas de los brillantes representantes del “siglo de plata” de la cultura rusa.

Berdiaev considera que, de acuerdo con su idiosincrasia y su estructura anímica, el pueblo ruso es un pueblo religioso. Pero la inquietud religiosa es propia también de los incrédulos. El nihilismo, el ateísmo y el comunismo ruso siempre tuvieron un matiz religioso. La idea rusa es una idea escatológica dirigida a un fin. Según tal opinión, esto explica por qué en la conciencia rusa predominan los elementos mesiánicos en comparación con la mentalidad de los pueblos europeos. La misma literatura rusa, que fue la manifestación más importante del renacimiento ruso, no fue simplemente parte de la cultura en sentido estricto, ya que siempre aspiraba salir de sus propios límites y convertirse en la maestra de la vida. No es casual que su tema principal fue no tanto la creación de una cultura perfecta, sino el mejoramiento de la vida de los seres humanos.

La “idea rusa”, en opinión de Berdiaev, se plasmó con extraordinaria maestría artística en la obra de dos grandes escritores: Tolstoi y Dostoievski. Tolstoi no sólo fue un escritor genial, sino también un gran predicador y moralista. Sus ideas morales y religiosas tuvieron una influencia importante en la formación de la *intelligensia* rusa. La crítica de la razón de existencia de la propiedad privada, la duda en el derecho que se toma el Estado de juzgar y castigar a los ciudadanos, la revelación de la injusticia del poder, la compasión por el pueblo trabajador, la aversión a la guerra y a la violencia, el sueño sobre un mundo en que impere la fraternidad entre los hombres, todas estas ideas están en el fundamento de la doctrina tolstoiana. Durante toda su vida Tolstoi sufrió un conflicto consigo mismo por su *status* privilegiado, experimentó su culpa y propendió al arrepentimiento; quería corregir sus propias faltas antes de mejorar la vida de los otros y por eso siempre se inclinó a obtener una sabiduría moral; apreció a Salomón, Confucio, Lao Tse, Buda, Sócrates, Schopenhauer, pero consideraba a Jesucristo como el más grande de los sabios. Sin embargo, el escritor ruso estuvo más cerca del budismo y del estoicismo que del cristianismo. En general, la metafísica de Tolstoi, según Berdiaev, es antipersonalista. El gran escritor consideraba que el hombre es una partícula de la vida cósmica, y él mismo fue, en cierta forma, un hombre telúrico. Tolstoi pertenece a la idea rusa por su búsqueda de la verdad, de la justicia, del sentido de la vida y del reino de Dios y por su rebelión constante contra la falsedad de la civilización burguesa. La huida de su familia en víspera de su muerte fue un acto simbólico y tiene un sentido muy profundo: fue un peregrino espiritual y quiso serlo toda su vida. No quiso continuar viviendo en una historia basada en una ley sin Dios, quiso vivir según la naturaleza, pero confundió una naturaleza degradada, sometida a la ley de la maldad del mundo, con una naturaleza transformada e iluminada por Dios. A pesar de sus errores

(que son muy aleccionadores) Tolstoi, considera Berdiaev, siempre buscó una vida perfecta. Precisamente por eso el Sínodo de la Iglesia Ortodoxa le excomulgó y los dogmáticos le odiaron. Pero el Sínodo, en opinión del filósofo ruso, no es una organización de la Iglesia de Cristo, más bien es propio del Reino del César. Rechazar a Tolstoi significaría rechazar al genio ruso, borrar su papel en la historia de la idea rusa.

Según Berdiaev, otro gran escritor en quien se plasmó la “idea rusa” fue Dostoievski, en cuya obra el elemento profético es más fuerte que en cualquier otro literato; manifestado en tanto que revelaba una revolución volcánica del espíritu y catástrofes internas en el alma humana. Junto con Nietzsche y Kierkegaard, abrió la dimensión trágica en la vida del hombre en el siglo XIX. A Dostoievski le fue inherente una conciencia mesiánica: a él pertenecen las palabras de que el pueblo ruso es un pueblo elegido por Dios. Pero su mesianismo no tuvo nada que ver con un nacionalismo cerrado, ya que el mesianismo cristiano hace al hombre más universal. En su discurso dedicado a la inauguración del monumento de Pushkin en Moscú, dijo que al pueblo ruso le es propia la compasión de todos los demás pueblos.

Según Berdiaev, la escatología de Dostoievski se expresa en su idea del *Hombre-Dios*. En la obra *Demonios*, su personaje Kirillov expone esta idea de la siguiente forma:

No me entra en la cabeza cómo un ateo que sabe que Dios no existe no se mata inmediatamente. Entender que Dios no existe y no entender con ello que te has convertido en Dios es un absurdo, pues de lo contrario te matarías... Ahora bien, el primero que lo entiende debe matarse irremisiblemente, porque si no ¿quién empezará y lo probará? Yo todavía soy sólo Dios a la fuerza, un desdichado, porque estoy obligado a manifestar mi voluntad. ... Pero afirmaré mi voluntad, estoy obligado a creer que no creo. Yo empezaré y acabaré y con ello abriré la puerta. Y salvaré a los demás.⁸

Berdiaev considera que Dostoievski es un escritor tan extremadamente ruso que fuera de su país es difícil comprenderle: en él se puede apreciar el alma rusa, porque lleva en sí todas las paradojas de la naturaleza de su patria. Dostoievski anticipó la idea de Nietzsche acerca del “superhombre”, pero en el escritor ruso ni Dios absorbe al hombre ni éste desaparece en Dios, quedando siempre para sí. Por eso Dostoievski permanece cristiano en el profundo sentido de esa palabra.

⁸ F. M. Dostoievski, *Los demonios*, 2, Madrid, Alianza, 1984, p. 737.

En Dostoievski el éxtasis dionisiaco nunca llega a borrar la imagen del hombre, ni la individualidad personal.

Muchas ideas del gran escritor resultaron proféticas y se encarnaron en el fuego de la Revolución rusa. Berdiaev le llama “cristianismo escatológico” al profetismo de Dostoievski. Cuando el escritor ruso dijo que la belleza salvaría al mundo, tenía en cuenta la transformación del mundo con la llegada del Reino de Dios. Pero la belleza no es sólo una cosa divina, es también algo terrible y enigmático. En ella, Dios lucha contra el diablo, y el campo de batalla atraviesa el corazón del ser humano. Dostoievski, dice Berdiaev, como ningún otro escritor, toma al hombre en momentos de profunda crisis, cuando siente quebrados todos los valores de su vida. Y en este instante realiza importantes descubrimientos acerca de la esencia humana; en este desdoblamiento se arraiga su esperanza escatológica que, en sumo grado, fue propia del hombre ruso. Los rusos siempre han tenido ansiedad por otra vida, por otro mundo y siempre han estado descontentos de lo que tienen.

Un fenómeno típico ruso, que es menos común en Occidente, es la peregrinación. El peregrino busca la verdad, busca el Reino de Dios, está fijado en el horizonte lejano; no tiene en esta tierra su hogar permanente, sueña sobre la Ciudad Eterna. De la profundidad del pueblo siempre han emanado peregrinos espirituales, entre ellos —según Berdiaev— Gogol, Dostoievski, Tolstoi, Vladimir Soloviev y toda la *intelligensia* prerrevolucionaria. Desde esta perspectiva, la “idea rusa” es la idea del Reino de Dios, pero ésta, considera Berdiaev, no corresponde al mito de la “Santa Rusia”. El pensador reprueba este mito, ya que está dirigido al pasado, mientras que la idea del Reino de Dios se encamina al futuro. Aunque las utopías contienen un elemento ficticio, el hombre en su destino histórico no puede evadirlas. Un elemento esencial de cualquier utopía no es la imposibilidad de su realización ni la visión de una armonía futura, sino la aspiración a un mundo íntegro. “La integridad es el principal signo distintivo de la utopía, pues la utopía está destinada a superar el fraccionamiento y a realizar la integridad”.⁹ Pero en esto se esconde la amenaza del totalitarismo, ya que en el fondo la utopía es hostil a la libertad. La utopía social siempre contiene la idea de un Estado perfecto, armónico, íntegro y la fe en que dicho Estado se puede realizar en este mundo. Esto es un error trágico, escribe Berdiaev, y éste tocó a la suerte del pueblo ruso, que olvidó que lo perfecto, lo armónico y lo íntegro puede ser sólo el Reino del Espíritu y no el de César.

La exposición de la filosofía de la historia rusa de Berdiaev sería incompleta, si no tocáramos su actitud ante el marxismo y el socialismo, tal como éste se

9 N. A. Berdiaev, *Reino del Espíritu y Reino de César*, Madrid, Aguilar, 1964, p. 191.

plasmó en la práctica política y social de la Unión Soviética. El pensador ruso sostiene que el marxismo no es únicamente una doctrina determinista, sino también de liberación, la anticipación de una comunidad justa y la proclamación de la victoria del hombre sobre las fuerzas irracionales de la naturaleza y de la sociedad. “No es en la conciencia científica del marxismo donde está la fuente del dinamismo revolucionario, sino en la espera mesiánica. El determinismo económico no puede suscitar el entusiasmo revolucionario e incitar a la lucha. Este entusiasmo está suscitado por la idea mesiánica del proletariado y de la liberación de la humanidad”.¹⁰ Según Berdiaev, el sistema marxista es dualista: por una parte, Marx es materialista, evolucionista y ajeno a cualquier prédica moral, y por otra, es profeta, moralista y revolucionario. El marxismo no es sólo una ciencia o economía política, sino también contiene una fe en el triunfo futuro del comunismo. El marxismo se plantea construir el paraíso en la tierra, y el mito del comunismo invoca a sustituir la idea del Reino de Dios.

La doctrina de Marx presupone el tránsito del reino de la necesidad al reino de la libertad por medio de una revolución social que ponga fin a la explotación del hombre por el hombre. La revolución social es el resultado lógico de la lucha entre la clase obrera y la burguesía. El gran mérito de Marx, en opinión de Berdiaev, consiste en que tenía una visión muy clara del enfrentamiento encarnizado entre las fuerzas endemoniadas e irracionales en que se desenvuelve el proceso histórico: reconoció abiertamente la lucha de clases, mientras que la mayoría de los ideólogos burgueses la disimulaban o enmascaraban. Pero Marx exageró el papel de la lucha de clases en el desarrollo de la historia, pues extendió al pasado y al futuro lo que fue característico de su época. Según Berdiaev, en la sociedad luchan diferentes grupos sociales formados por múltiples factores y determinados por varios aspectos de la vida, y estos conflictos no se reducen al antagonismo de clases por sus intereses económicos. Marx no reconoció que los estratos sociales se forman no sólo en la esfera del trabajo material, sino también en el ámbito de la creación espiritual. Negó que la verdad se revela cuando el hombre supera las limitaciones que le impone su condición de clase, porque la conciencia de clase no determina al ser humano por entero, sino sólo en algunos aspectos. “El mayor error del marxismo y el más inhumano, consiste en no ver al hombre más allá de la clase y en ver, en cambio, a la clase más allá del hombre; en reducir a éste hasta su célula más ínfima, hasta su más recóndita experiencia espiritual a una función subordinada a la clase”.¹¹

Según Marx, la religión es opio para el pueblo. Para liberar a la humanidad de este veneno, proclamó la necesidad de sacudir la conciencia del hombre del

¹⁰ *Ibid.*, p. 141.

¹¹ Nicolás Berdiaeff, *El cristianismo y la lucha de clases*, Madrid, Espasa-Calpe, 1963, p. 35.

yugo de toda la fe religiosa, ya que es un obstáculo para su liberación y su independencia espiritual. La fe religiosa pone trabas al desarrollo de la actividad de la clase oprimida, no le permite rebelarse contra sus enemigos, prometiéndole a cambio de su resignación una recompensa en el Reino de Dios. Pero a la religión de Dios crucificado Marx contrapuso la doctrina del hombre crucificado. Este hombre —ascendido por el capitalismo al Gólgota de extrema miseria, humillación y desdén— es el proletariado. Precisamente es en la clase más desdichada de la sociedad en la que es necesario creer con toda firmeza. No es difícil creer en Dios del Antiguo Testamento: omnipotente, omnisciente y omnibondadoso; es más difícil creer en Cristo que sufre en la cruz junto con un bandolero. Igualmente, no es difícil creer en el progreso histórico, en la Ilustración, pero es más difícil poner la esperanza en el objeto mismo de la Ilustración: la masa desdichada e inculta que sufre de hambre y enfermedades. El proletariado de Marx es semejante a Dios; en muchos aspectos es un ser titánico y universal en sus posibilidades. Pero ¿dónde en la vida real está este titán?, pregunta Berdiaev. No lo encontramos en ninguna época de la historia, y menos aún en el tiempo donde vivía el mismo Marx.

El marxismo no se preocupa del proletariado efectivo tal como aparece en la historia; pero sí de la Idea del proletariado. Cree en esta Idea, a la cual la clase obrera en sus diferentes manifestaciones, puede muy bien no corresponder en la realidad. Su método no es un método empírico. El marxismo, en cuanto concepción integral, no está basado en la experiencia histórica; la contradice. Parte de concepciones aceptadas ciegamente. La idea del mesianismo proletario presenta en sí todos los síntomas de la fe religiosa. Las propiedades empíricas, efectivas del proletariado, no autorizan de ningún modo semejante fe”.¹²

Berdiaev sostiene que, según Marx, el capitalismo “mata” al hombre al convertirlo en asalariado, a fin de que éste pueda resucitar como un *Cristo nuevo* para emancipar a toda la humanidad. Desde tal punto de vista, el proletariado se encuentra en dependencia total de un trabajo rutinario y monótono, el cual devasta y corroe sus fuerzas creativas: cuanto más se esfuerza en su trabajo el obrero, tanto más se empobrece en su mundo interno. Marx incluso afirmó que el obrero está destinado al salvajismo y la barbarie, y que su actividad se reduce a la satisfacción de las necesidades elementales que no se distinguen de las de un animal. Entonces, pregunta Berdiaev, ¿cómo este ser degradado, salvaje e inculto podría

12 N. A. Berdiaev, *El cristianismo y el problema del comunismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1958, p. 40.

encabezar la lucha por la emancipación universal?, ¿cómo este “bárbaro”, este “hombre-estómago” podría liberar a la cultura de las cadenas de la enajenación? La doctrina de Marx sobre la misión histórica del proletariado es un nuevo mito sobre el Mesías, al cual el pensador alemán le atribuye todas las virtudes del pueblo mesiánico y le concede las más excelsas cualidades del antiguo pueblo de Israel. En realidad, en el proletariado, como en cualquier clase social, concluye Berdiaev, hay rasgos buenos y rasgos malos, además de que, como la clase más oprimida del régimen capitalista, merece simpatía y compasión. Pero esto no le garantiza sus virtudes y privilegios históricos. “¿Por qué habría de revelarse al obrero la verdad única y libertadora, al pobre obrero, cuyos días pasan en un trabajo infernal, en un ambiente envenenado, privado de toda vida intelectual? ¿Por qué ha de representar el tipo espiritual más elevado, el hombre del porvenir?”¹³

Marx y Engels se dieron cuenta de que el comportamiento concreto de los obreros frecuentemente no corresponde a las ideas teóricas sobre su misión futura. Para explicar esta diferencia recurrieron a la distinción hegeliana entre la “idea-en-sí” y la “idea-para-sí”, pero las sustituyeron por la “clase-en sí” y la “clase-para-sí”. Es necesario, enseñaban Marx y Engels, saber distinguir entre los intereses básicos del proletariado y sus intereses empíricos. Más tarde Lenin, en su trabajo *¿Qué hacer?*, contrapuso a la clase obrera en sí —que lucha por sus intereses inmediatos—, con una minoría revolucionaria, un partido político que sabe mejor que los mismos obreros en qué consisten sus intereses básicos y su misión histórica. En opinión de Berdiaev, la misma dicotomía entre la “clase-en-sí” y la “clase-para-sí” abre la posibilidad de manipular e imponer la voluntad ajena a este sector social. ¿Cómo saber los criterios que distinguen los intereses verdaderos de los tergiversados? Y si no existieron criterios fidedignos para tal distinción, entonces ¿cómo diferenciar a quienes explotan la fe de los trabajadores —en aras de construir un paraíso comunista en la tierra—, de quienes realmente luchan por la felicidad de los marginados y sinceramente quieren aliviar su suerte? El uno puede presentarse con ropaje de revolucionario y socialista, como defensor de los intereses de los trabajadores, pero su esencia no cambia: está poseído por la sed del poder. Berdiaev ve en el poder de los bolcheviques y en persona de Stalin un ejemplo muy convincente. Stalin comprendió la esencia moral del marxismo como una especie de paternalismo político que sanciona el derecho de una clase —proletariado—, elegida por la misma historia, de apropiarse del bienestar, los derechos y la vida de otras clases —burguesía y campesinado—. Sin ninguna duda, sin ningún remordimiento de conciencia Stalin se otorgó el “derecho” de ser dueño de la vida y la muerte de la misma clase obrera y de todos los

¹³ *Ibid.*, p. 41.

ciudadanos de la Unión Soviética. En este sentido, afirma Berdiaev, Stalin es un marxista consecuente, en virtud de su fidelidad a la violencia revolucionaria, al poder de las armas como instrumento principal de la historia; sólo él sabe distinguir los intereses auténticos de la clase obrera de los intereses falsos, que expresan sus enemigos políticos que, por esta razón, deben ser aniquilados.

Según Berdiaev, una comprensión adecuada del comunismo ruso se dificulta por su doble dimensión: por una parte, como toda gran revolución, la Revolución rusa fue universal según sus principios y se llevó a cabo bajo las banderas del internacionalismo; por otra, fue un acontecimiento propiamente ruso y no podía producirse más que en Rusia. Si se admite que este tipo de revolución hubiera podido suceder en otros países, la forma en que hubiera acontecido habría sido otra. Berdiaev incluso afirma que el comunismo es la tercera expresión del poderío ruso después del reino moscovita y del imperio de Pedro el Grande. Para los gobernantes marxistas de Rusia lo principal es el poder total. Ellos crearon un Estado totalitario cuyo sistema administrativo es semejante al del régimen autocrático de los zares. Para someter a su poder a las masas de obreros y campesinos, los bolcheviques se valieron de la coerción y la fuerza; en el lugar de los símbolos zaristas crearon otros de acuerdo con su ideología. Los comunistas asimilaron del marxismo la doctrina internacionalista y la unieron con la idea de la “Tercera Roma”. En esta revolución se unieron dos símbolos: el del proletariado y el del nacionalismo. Esta conciencia mesiánica obrera sirve a los intereses de los bolcheviques que utilizaron la solidaridad de los trabajadores para fortalecer el poder del Estado soviético.

Berdiaev considera que —por su origen— la idea del comunismo es una idea religiosa derivada de la palabra “comunidad”, colectividad, fraternidad. Por eso el comunismo es un sueño noble y, en cierto sentido, eterno de toda la humanidad. Los comunistas rusos utilizan en sus objetivos, sin percatarse de esto, la fuerza religiosa arraigada en la profundidad de cada ser humano; intentan construir un nuevo orden basado en la armonía y la justicia social. Desde esta perspectiva, el comunismo posee varios elementos atractivos: una fuerte crítica a la civilización burguesa, una retribución más justa para la clase trabajadora, una idea de economía organizada que sirva a los intereses de todos, y la solidaridad y ayuda mutua entre los ciudadanos. Pero a pesar de estos aspectos atractivos, tiene también muchas facetas negativas, entre las que destaca el hecho de que niega la autonomía del individuo en aras de la colectividad, a la cual otorga una capacidad todopoderosa. Para la mentalidad comunista, la libertad individual no es una posibilidad a “escoger”, sino la necesidad de someter la voluntad de la persona a la del colectivo. Los comunistas quieren llegar a un futuro luminoso no a través del

perfeccionamiento de la conciencia moral, sino por una organización mecánica y obligatoria.

Ni Marx ni Lenin ni los filósofos soviéticos plantean los problemas de la soledad, la angustia o la muerte; ellos ignoran los problemas de la existencia del ser humano, pero, en cambio, exaltan la voluntad titánica del revolucionario. La ideología marxista parte de la premisa de que la persona —con su mundo interno— no tiene autonomía respecto a la colectividad: el hombre no es libre, sino cuando se incorpora a la sociedad que, bajo la dirección del partido comunista, edifica un futuro nuevo; profesan la fe en la posibilidad que tiene la colectividad de transformar el mundo sobre las premisas de la igualdad y justicia. Pero este optimismo, esta fe en un futuro luminoso, en realidad, es una forma secularizada de la fe en la Providencia. Los marxistas realizan la transformación del mundo social a nombre de una sociedad futura, pero están dispuestos a sacrificar el valor propio de la vida del ser humano en el presente, en aras de una felicidad utópica. Así que los intentos de humanizar la vida del hombre, en el proceso de la construcción del comunismo, están preñados de su deshumanización.

Berdiaev advierte que el carácter peculiar de la revolución socialista nació del proceso histórico ruso y revela muchos rasgos comunes que fueron propios a la *intelligensia* radical: la sed de justicia social y de igualdad, el odio al capitalismo y a la burguesía, la intransigencia sectaria a una opinión diferente, el desdén a la elite cultural, la negación de los valores espirituales, el ateísmo militante. Si Lenin logró convertirse en el líder de la revolución socialista y pudo realizar su plan de transformación de Rusia, fue, en parte, porque tuvo ciertos atributos personales heredados de los representantes más radicales de la *intelligensia* rusa —Chernichevsky, Nechaev, Tkachev— y, también, otros atributos que le asemejan con los déspotas de Rusia zarista.

Lenin conciliaba el extremismo de una concepción del mundo integral y revolucionario con la flexibilidad y el oportunismo en los medios de combate, con una política práctica, sólo así las naturalezas están destinadas a la victoria. La simplicidad, la rectitud, el ascetismo nihilista son compatibles en él con la malicia y casi con la hipocresía. Lenin personalmente no era un hombre cruel y, sin embargo, preconizó el terror, porque toda su doctrina se ajustaba a la técnica de la lucha revolucionaria, a las condiciones de la toma del poder y de los medios de organizarla.¹⁴

Desde el punto de vista de Berdiaev, los bolcheviques, alumnos de Marx, abandonaron su herencia determinista y evolucionista, y asimilaron los rasgos

¹⁴ Nicolás Berdiaev, *Orígenes y sentido del comunismo ruso*, Barcelona, Ariel, 1964, pp.146-14.

mesiánicos y mitológicos contenidos también en su doctrina. Así que Lenin y el partido comunista creado por él hicieron la Revolución rusa en nombre de Marx, no por Marx, a nombre del marxismo mesiánico, pero contrariamente del marxismo historicista. Lenin fue utópico: sus ideales se han realizado en el socialismo ruso, pero con un espíritu distinto a como fueron concebidos. Lenin soñaba aniquilar la explotación de clases, pero el régimen de la “dictadura del proletariado” engendró una burocracia enorme que explota cruelmente a todos los trabajadores, incluso al propio obrero. El desarrollo del Estado soviético transforma la fachada del socialismo en un capitalismo de Estado, donde la importancia radica no en el trabajador, sino en el poderío político y económico del Estado. “El viejo Adán sigue viviendo y actuado y únicamente se ha revestido de otro aspecto exterior”.¹⁵ La industrialización y la colectivización forzada no han traído alivio al pueblo, como lo declaraba la propaganda oficial, sino el terror y el trabajo duro bajo la vigilancia de una policía secreta.

Al observar el régimen soviético, Berdiaev reconoce que ahora es un poco extraño recordar los lamentos que se hacían en relación con la tiranía y sobre la ausencia de libertad durante el viejo régimen. Y señala que en aquel entonces, a pesar de todo, existía una libertad bastante grande en comparación con la del poder soviético. Es vergonzoso que la organización más perfecta, el primer ensayo de realización del comunismo haya sido la policía secreta, la Checa, es decir, un órgano más tiránico que el cuerpo de gendarmes del antiguo régimen, ya que finca sus garras, además, en los asuntos familiares y en las cuestiones religiosas.

El pensador ruso advierte una contradicción entre los principios marxistas del poder y la realidad objetiva de la Unión Soviética. Según Marx y Lenin, el poder, la coerción, la dictadura son medios necesarios sólo en la fase de transición hacia el socialismo. Esta coerción se ejerce tanto a las clases explotadoras como a las masas de campesinos y al mismo proletariado en nombre del cual se lleva a cabo la dictadura. Según los clásicos del marxismo, en el futuro llegará el momento en que los trabajadores se habitúen a las normas elementales de la disciplina y del orden, y es entonces cuando el poder coercitivo quedará reducido y terminará la dictadura. Pero la práctica de la “construcción socialista” en la URSS desmiente estas conclusiones: la burocracia soviética que adquirió gran poder no deseó hacer ningún cambio para descentralizar el Estado, ni admitió la introducción de medidas basadas en la costumbre de trabajar conscientemente sin coerción desde fuera. Ni Marx ni Lenin podían haber previsto que la burocracia comunista convertiría el poder coercitivo en un fin en sí. Los bolcheviques quisieron mejorar la naturaleza humana por medio de la coerción, pero, en realidad,

¹⁵ *Ibid.*, p. 164.

crearon un régimen despótico que, en el mejor de los casos, utiliza una fraseología para despertar el entusiasmo de los trabajadores, fortalecer la potencia del Estado y aumentar el poder de los burócratas. La moral comunista proclama que cada trabajador constituye un valor en sí, pero en la práctica, él no es más que un ladrillo. El régimen de la dictadura, en realidad, humilla la individualidad, y el proclamado principio del colectivismo es sólo un instrumento de la homogeneización y manipulación de las masas para hacerlas servir a los intereses de los partócratas.

Desde el punto de vista de Berdiaev, sería incorrecto ver en el bolchevismo sólo un grupo de bandoleros llegados al poder; los luchadores contra el comunismo, derrotados por los bolcheviques, no entienden que el bolchevismo es un fenómeno todavía más siniestro: es una enfermedad del pueblo ruso, reflejo de su espíritu morbosos y expresión de su crisis interna. Dado que el bolchevismo refleja una actitud de la mayoría del pueblo, no puede ser liquidado por la fuerza bruta; el saneamiento no podrá ser resultado de los ataques de las caballerías contra el comunismo, sino del espíritu que se desarrolla dentro del mismo pueblo. En las revoluciones frecuentemente triunfan las corrientes extremistas, mientras que las alas moderadas se mueren. Por eso los iniciadores de la revolución, quienes la han llamado a la vida, perecen en el crisol de sus llamas. El pensador ruso tiene la convicción de que sólo las fuerzas nuevas nacidas en la tempestad de los procesos sociales del mismo socialismo podrán ponerle fin. Al principio éste debe ser superado desde dentro, espiritualmente, y sólo después, políticamente: es decir, la antigua idea utópica deberá destronarse ante los ojos de la mayoría del pueblo ruso. Un poco antes de morir, Berdiaev escribió: “El comunismo es parte del destino ruso, es una etapa del destino interno del pueblo ruso. Y este régimen tiene que ser eliminado por las fuerzas internas del pueblo”.¹⁶

La historia reciente confirma la predicción de Berdiaev. Si las ideas del marxismo tienen todavía raíces en la conciencia de algunos ciudadanos de la ex Unión Soviética, las ideas del comunismo, por lo menos en su forma ortodoxa, han quedado anacrónicas y perdieron su encanto en la mentalidad de las masas. El gigantesco y acelerado derrumbe de la Unión Soviética, que acabó con la herencia comunista, no fue causado sólo por motivos económicos (el sistema hubiera podido persistir algún tiempo más), se agotó el mismo principio que creó ese tipo de sociedad, se evaporó la creencia espiritual en la superioridad histórica del socialismo. Al quebrantarse las creencias, se derrumbó también el espíritu de cohesión social. Es importante tomar en consideración esta tesis que también compartió Berdiaev, porque nos permite explicar la persistencia del poder sovié-

¹⁶ N. A. Berdiaev, *La idea rusa*, p. 282.

tico que sobrevivió a severas catástrofes sociales como lo fueron la guerra civil, la colectivización forzada, la Segunda Guerra Mundial, periodos en que la situación económica fue todavía más dura que en la de la descomposición de la Unión Soviética.

Cuando en 1941 los tropas alemanes incursionaron en Rusia y ocuparon un vasto territorio del país, Berdiaev, según sus propias palabras, fue conmovido hasta lo más hondo de su ser. “Mi Rusia estaba expuesta a un mortal peligro; podía ser desmembrada y esclavizada... Yo creí en todo instante en que Rusia era invencible. Pero viví con dolorosa intensidad el peligro en que el país se encontraba. Mi natural sentimiento del patriotismo alcanzó en mí una tensión extrema”.¹⁷ Desde su exilio en Francia, en un momento de peligro mortal, Berdiaev tendió la mano de amistad a su patria. Pero durante mucho tiempo no recibió el apretón de manos recíproco. Cómo ahora no sentir pena, cuando cambiaron tantas cosas en la patria del gran filósofo ruso.

17 Nicolás Berdiaev, *Autobiografía espiritual*, Barcelona, Ariel, 1957, p. 302.